

es permitido rectificar sus normas y defenderse con brío contra la explotación extranjera.

El problema de la inversión extranjera tiene, como se ve, sus múltiples lados, como toda modalidad de la conducta humana; pero de las reflexiones que anteceden podemos concluir estas afirmaciones:

1.—La plusvalía mundial invita constantemente a los países sin desarrollo a participar en la oferta de las subsistencias y las manufacturas.

2.—Esta participación, dado el estado intelectual y moral de esos países, no se puede lograr sino por medio del capital extranjero invertido allí en formas provechosas.

3.—La participación en el comercio internacional elevará notablemente las normas de vida de esos países y les permitirá desarrollarse ampliamente aun en actividades que no son estrictamente de concurrencia en el mercado mundial.

4.—La inversión del capital extranjero acorta la jornada de la perfección colectiva, porque con ese capital no solamente llega el estimulador máximo de la actividad de los hombres, sino también las tácticas de trabajo de los países más avanzados.

N. Viera Altamirano

(El capítulo cuarto saldrá en la entrega próxima.)

5.—Pero al capital extranjero debe ponerse un límite en su inversión en aquellas formas de empresa que interesan a las públicas necesidades y cuya forma de actividad tiene que revestir un carácter de monopolio.

De esta manera tomamos un partido medio entre el exclusionismo de los nacionalistas ciegos para quienes el grito de guerra de «afuera el capital extranjero» y los internacionalistas liberales y espléndidos, para quienes no es criminal ni inhumano entregar a ese capital la autonomía de sus propias patrias con concesiones ilimitadas cuyo desarrollo implica la explotación atroz de muchas generaciones de hombres.

La Araña

En medio de la noche, de improviso, con quijotesco paso temerario, adelantas como ágil dromedario, sobre el dibujo que decora el friso;

ya de tu cable pendes, desde el viso que instalas en la cima del armario, o ahorcas al moscón estrafalario entre los hilos de tu paraíso...

Diabólico eremita, que te ocultas en el tibio rincón de mi aposento; bajo mi fantasía te sepultas

con la indolencia de mi aburrimiento, y el ritmo de mi sueño dificultas cuando te enredas en mi pensamiento.

La Hormiga

Si sobre la tierra sus rayos prodiga, el sol la seduce con su lumbre clara... Por el llano trota diminuta hormiga, como si la vida ya se le acabara...

Corre, corre, corre, no siente fatiga, marcha sin descanso la tenaz avara... ¡Cuánta prisa tiene!... ¡Para qué se obliga?... ¡Parece que nunca de correr parara!...

En el frenesí de su aturdimiento vive fascinada con su movimiento; y miden sus pasos el largo camino

donde se acrecienta su pingüe tesoro; ¡mientras que en la rama fragante de un pino dice su querella un ave de oro!

La Abeja

En la siesta la abeja rumorosa hurta el aroma de la flor temprana, lo mismo en el jacinto que en la rosa con que el prado risueño se engalana;

por volar entre flores, codiciosa, olvida que la tarde soberana ha de hundirse en la noche silenciosa para que brille el sol por la mañana...

Pero, al nacer el esplendor del día será el vuelo nupcial por el espacio; como rubio racimo la armonía

del enjambre, en el cielo de topacio, y néctares suaves y ambrosía, para la abeja de oro en su palacio.

Cervantes

¿Quién repartió la humana fantasía en dos mitades llenas de grandeza, y en ambas, con la misma gentileza, derramó su caudal de poesía?...

¿Quién lanzó por el mundo su hidalguía en lucha contra el dolo y la bajeza, y suscitó el ingenio en la rudeza, y matizó el amor con la ironía?...

¿Quién lloró con el bien, pero riendo,

China

=Colaboración directa.—Son, estos sonetos, parte de un libro que pronto verá la luz y que se llamará: *Crisopeya*.=



y con el mal rió, pero llorando?... Fué un hidalgo español, a lo que entiendo, que, al ir por el Parnaso caminando, a su más alta cima fué ascendiendo, y con Homero yace, reposando.

A Dante

Sólo por ti la cumbre del Parnaso no fué la sola cumbre ¡oh vagabundo!... Dante, no más por ti, ¡sol sin ocaso, profundo bardo y pensador profundo!

Grecia no supo, en el murrino vaso; como en la copa del Grial fecundo, escanciar ese néctar, en que al paso de Jesucristo, se redime el mundo.

En los tercetos de inmortal *Comedia* repercute la gloria de tu exilio; desde feudal montaña la Edad Media te columbra que eclipsas a Virgilio, como ante la visión de la Tragedia se ofusca la ternura del Idilio.

Virgilio

Dulce poeta cuya voz de plata resuena todavía, indeficiente, y a través de los siglos se dilata por la conciencia de la absorta gente; un gajo de laurel sobre la grata placidez soñadora de la frente, al semidiós olímpico delata, y reverdece, milagrosamente.

Su acento vibra en imperecedero clamor que acalla al grito del destino y exorna a Roma en su esplendor postrero; y égloga prócer, como dón divino, anticipa el arcano venidero y a Cristo evoca en medio del camino.

El Buho

Córvo su pico cual segur cortante y la pluma sutil que riza el viento; firme la garra que le da sustento, aterrador el ojo fulgurante...

De la vetusta torre, amenazante con el orgullo de su pensamiento, suele bajar en el arrobamiento de la estrellada noche palpitante...

Inquieta a solas la visión que mira alzarse del abismo que le asombra; como el halcón audaz, pero sin ira, al protervo reptil capta en la sombra; por el espacio silencioso gira, y enmudece la boca que le nombra.

Los pavones

¿Cómo loar de Juno los pavones, a su graciosa majestad afines, si el azul de sus plumas, a millones, rindió ya de la Fama los clarines?...

Deslumbren con sus claras perfecciones al dilatado mundo en los confines, y exornen el Olimpo con sus dones aves que son orgullo de jardines...

Pero, si no loar, que está de sobra, diga el soneto, lleno de zozobra, del pavón la triunfal cortesanía, cuando, al erguir su cauda, suma y cobra la pasión de su dama, y la ufanía de vencer con su luz a la del día.

El Faisán Dorado

Ave fénix que ostentas en la suma claridad de tu porte, la pristina belleza del metal donde consuma el mundo su avidez luciferina; tu cuerpo, que el acero damasquina y el rojo bronce con su peso abruma, de un sólo trazo de su fácil pluma lo concibió la fantasía divina; como chispa de oro tu mirada y azulado tu pie que el suelo besa; ave resplandeciente, empenachada de oro que fulge, y arde, y embelesa... ¡A Jasón fascinaste, cuando airada su hueste por la Cólquide atraviesa!

El Gallo

Roja la cresta que dice su brío, suave la pluma que el ala abrillanta, hincha su gorja belígera y canta en el cercado vecino al bohío; nunca le vieron rehusar desafío; a sus rivales con furia quebranta, y, sobre el campo que rinde, levanta claro trofeo de gallo bravío; cruza la vida sin una congoja, recio, nervioso, feliz, altanero; con sus queridas se place y aloja como si fuera Francisco Primero, y, cuando el astro los cielos sonroja, lanza el clarín de su canto sincero.

Antonio Caso

México. D. F. Octubre del 30.